

Secreto

Alejandra Medina Vázquez

Image not found.

Capítulo 1

Fernanda, mujer dura, fuerte, grande, tenía que manejar toda la empresa ella sola, su esposo, por regla general, no estaba en casa, trabajaba y no lo veían hasta la noche, que llegaba pidiendo la cena; entonces comía en silencio, aunque algunas veces le daba por explicar sobre el trabajo en el hospital, entonces, todos debían escuchar, a la hora de comida acerca de las suturas que le tocó en ese día, las operaciones de emergencia o las miles de charlas que tuvo que darle a jóvenes acerca de la anticoncepción. Los chicos, oían sin escuchar, pero a Carola le gustaba esa perorata, se dio cuenta que su padre trataba de contar algo y aunque le inspiraba terror verlo a los ojos, lo escuchaba con atención, a veces hacía una débil pregunta para seguir con el relato; de inmediato los demás miembros de la familia le lanzaban las miradas de horror, porque sabían que esa charla se extendería hasta muy tarde.

Esa vez, él llegó de mal humor y se sentó a cenar sin hablar mucho, cosa que agradecieron los integrantes de la familia; todo se terminó rápido y cada quien se fue a cumplir sus obligaciones. Carola se quedó hasta el final con la esperanza de oír algo acerca del hospital, pero no hubo más que un guiño cansado que alcanzó a encontrar en la mirada perdida de su padre, cuando levantó ella misma los ojos a ver si sucedía algo inusual.

Ella, deambuló un rato por la casa, le gustaba caminar brincando y cantar una canción para acompañar tal evento, lo hacía en la casa, en la escuela, incluso en la calle cuando nadie más la acompañaba, porque por regla general, sus hermanos se avergonzaban de ella por hacer esos pasos ridículos siendo ya tan mayorcita. Ella pensaba que era bueno que le conocieran ese paso y no el otro, en el que se trataba de no pisar las rayitas que había en las aceras de la calle, porque ... simplemente porque era un juego y a ella le gustaba sentir los pies torcidos cada que encontraba una acera llena de rayas hechas por los miles de movimientos telúricos que acontecían seguido en su ciudad. Así que brincaba y cantaba bajito cuando de pronto se paró en seco.

En una de las habitaciones escondidas de casa, una donde generalmente se guardan cosas viejas y trebejos inservibles, había un enorme ropero que tenía un par de espejos, el mueble en sí, era lindo, pero estaba sucio y lleno de polvo; no les permitían llegar a esa habitación para que no se ensuciaran ni estuvieran en peligro por la picadura de algún animal, como ya una vez sucedió hace algunos años. Pero esta vez, Carola escuchó primero, luego se asomó despacio, sin hacer ningún ruido y vio a Fernanda, sentada en el suelo, con las piernas estiradas, rodeada de fotografías a blanco y negro, todo esparcido, el ropero estaba abierto de par en par y de ahí había sacado una caja de cartón muy grande, había un reguero de papeles y cosas que a Carola le hubiera encantado leer y ver, investigar y sobre todo saber qué hacía su madre en el piso frío, llorando

a mares encima de ese montón de papeles viejos. Pero no se acercó, ella misma sintió una energía invisible que la detenía, aunque su deseo ardiente era ir a abrazar a su madre y decirle que no sufriera, que todo estaría bien, sea lo que fuera. Se quedó afuera, como petrificada viendo el espectáculo y un terror frío recorrió su cuerpo.

Nunca se atrevió a revelar su secreto y suponía el de su madre, hasta que una tarde, en una charla de adultos, donde los menores no podían estar presentes, supo lo que atormentaba a su madre, supo que su padre no era tal y que el verdadero había muerto trágicamente por una enfermedad fulminante. Los detalles no los supo, ya de por sí corría riesgo por estar ahí escuchando lo que no debía, como para encima ponerse a averiguar más datos inconvenientes. Supo que su madre aún estaba enamorada del difunto y de repente se escondía a llorar a gusto entre sus recuerdos, esos que guardaba bajo llave cuando la vida sucedía.

Supo entonces que esa mujer, que ella concebía fuerte y dura como un témpano de hielo, en realidad era un cascarón frágil que se quebraba de pronto, estallando, dejando salir toda el agua que contenía; supo que, cuando en la mesa alguien comentaba algo y ella, la madre lloraba, era por un recuerdo que no terminaba de salir nunca y no, como Carola creía, de puro teatro; se dió cuenta que su madre, en realidad usaba una careta para esconderse de todos, para que no contaminaran el recuerdo de su primer y único amor... su esposo.

Y fue entonces que por fin, pudo sentir amor por ella.